

*Adiós muchachos, antes y después*¹

Seymour Menton
University of California, Irvine

Estoy muy agradecido a Sergio Ramírez porque la publicación de *Adiós muchachos* en julio de 1999 me permitió llenar el hueco nicaragüense en mi *Caminata por la narrativa latinoamericana*. No sólo escribí un ensayo titulado “Arte e ideología en *Adiós muchachos*” sino que esa “memoria de la revolución sandinista” me hizo soltar un chorrizo de adrenalina que me permitió olvidarme del peso inexorable de mis siete décadas para:

1. Dedicarme al estudio de la novela postsandinista y escribir otro ensayo sobre *Un sol sobre Managua* (1998) del poeta nicaragüense Erick Aguirre (1961) y *La lotería de San Jorge* (1995) del cuentista mexicano Alvaro Uribe (1953);
2. Conseguir la película sandinista *Alsino y el cóndor* (1983) y compararla con la novela chilena *Alsino* (1920) de Pedro Prado (1886–1952), llenando así el hueco chileno de mi *Caminata*;
3. Maravillarme ante la mejor novela de Sergio, *Margarita, está linda la mar* (1998);
4. Tratar de comprender la política cultural del gobierno sandinista, comparando la revista *Nicaráuac* con *Casa de las Américas*.

Para reconfirmar los principios de Sergio como social-demócrata, con los cuales lo he identificado desde que lo conocí en 1970 en Caracas, quisiera referirme brevemente al último escándalo cubano acontecido en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, en los primeros días de diciembre de 2002. Un grupo de cubanos, de la nutrida delegación oficial, interrumpió la presentación de la revista *Letras Libres*, dirigida por el mexicano Enrique Krauze, porque éste, en un número anterior de la revista, había criticado el régimen cubano. Hubo una condena general de la conducta grosera de los cubanos. En el *Nuevo Diario* de Managua, Sergio se expresó en contra de la intolerancia y de la agresión ideológica, cualquiera que sea su origen. A consecuencia de las palabras de Sergio, el encargado de negocios

de Cuba declaró un boicot contra el programa de actos de celebración de los ciento cincuenta años del nacimiento de José Martí.

ADIÓS MUCHACHOS DE SERGIO RAMÍREZ

Como aficionado tanto del tango como de la narrativa revolucionaria, me fue imposible resistir el llamado de *Adiós muchachos* de Sergio Ramírez, que compré en México pocos días después de su publicación en julio de 1999. Como estudioso y crítico de la literatura, creo que me toca analizar esta “memoria de la revolución sandinista” primero desde el punto de vista estético, reconociendo que no se puede separar del todo el contenido y la forma.

Con nostalgia salpicada de resentimiento, amargura y desilusión, Sergio Ramírez se despide, como reza el título de tango, de sus compañeros sandinistas. Aunque los recuerdos de una experiencia de veinte años están enmarcados por las fauces de Saturno, predominan las ilusiones utópicas de todos los que lucharon contra la dictadura somocista. Aunque se alude a las diferencias entre los tres grupos ideológicos que se disputaron el poder una vez que cayó Somoza, no se revelan muchos detalles de las luchas internecinas.

Además de su vicepresidencia en el gobierno sandinista, Sergio Ramírez es el novelista más destacado de su país. Autor de cinco novelas, dos de las cuales, *Castigo divino* (1988) y *Margarita, está linda la mar* (1998), han recibido premios prestigiosos, Ramírez acudió a sus herramientas novelísticas para convertir su memoria en una obra de creación. *Adiós muchachos* va más allá de una simple crónica política, sin que Ramírez se haya dejado tentar por las complejidades estructurales y estilísticas, aprendidas de los maestros del Boom, que aparecen en sus novelas.

El título *Adiós muchachos*, como ya dije, se refiere a los ex-compañeros sandinistas, pero no sólo a ellos sino también a “todos esos muchachos de distintas épocas y etapas de la lucha [cuyos nombres] han ido siendo borrados del lugar que tenían en los frontispicios de las escuelas” (44). El título puede también referirse a los propios hijos de Sergio: Sergio hijo, María y Dorel, quienes tuvieron que criarse, prácticamente sin padre. De hecho, el primer capítulo lleva como título “Confesión de parte” y su protagonista es Sergio hijo, “siempre retraído y huraño” (21) en 1979. En el momento de escribir este libro, el autor dice que él y su hijo ahora son buenos amigos y que el

hijo está a punto de graduarse de administrador de empresas, reflejo tal vez de la generación postsandinista, neoliberal. Después del triunfo sandinista, Sergio hijo y María participaron en la Cruzada Nacional de Alfabetización; los tres hijos cortaron café en las brigadas de la Juventud Sandinista; y Sergio hijo luchó en contra de los contras. El primer capítulo se cierra con la alusión mitológica a las fauces de Saturno, identificadas explícitamente con los vituperios sufridos por el autor y su hija María pero que también podría interpretarse como la devoración de los tres hijos por el padre entregado a la política:

Tratados entonces [1994] como enemigos a muerte por el aparato de poder que aún sobrevivía, Saturno que me alzaba del suelo para meterme entre sus fauces resuelto a devorarme, y no sólo a mí, sino también a María, a la que ultrajaban a toda hora por la Radio Ya, la radio de Daniel, como la forma más eficiente de ajustar cuentas conmigo; María que otra vez había estado a mi lado a la hora de fundar un nuevo partido; su manera de expresarme su cariño, así como la de Dorel era negarme su apoyo (34).

De acuerdo con la estructura de muchas novelas, el motivo de las fauces de Saturno vuelve a aparecer al final de la obra como título del capítulo trece y final y en las dos últimas páginas de ese capítulo con más detalles y con bastante más pasión.

El hecho de que la obra tenga trece capítulos y que el capítulo ocho se llame “El probable número trece” se explica por el Grupo de los Doce, que formaba parte de la tendencia Tercerista dentro del FSLN. A diferencia de la tendencia de la Guerra Popular Prolongada (GPP), protagonizada por los marxistas más antiguos, Carlos Fonseca y Tomás Borge, y de la tendencia Proletaria que, bajo la dirección de Jaime Wheelock, abogaba por concientizar y organizar a los trabajadores urbanos antes de emprender una campaña militar, la tercera tendencia, la Insurreccional, organizada por Humberto Ortega, y en la cual militaba Sergio, estaba más dispuesta a colaborar con todos los sectores antisomocistas. Por lo tanto, los terceristas apoyaban la creación del Grupo de los Doce que incluía, en las palabras de un combatiente campesino “mucho cura y mucho rico” (98). Fue elegido presidente del Grupo Felipe Mántica, industrial y dueño de una

cadena de supermercados. Cuando Mántica se retiró del Grupo, fue reemplazado en 1979 por Ramírez pero el verdadero poder estaba en manos de los nueve comandantes del FSLN. El mismo Ramírez dice: “en junio del año siguiente [1979], continué siendo presidente de ese gobierno que nunca existió” (171). La marginación política de Ramírez se confirma en la novela *Un sol sobre Managua* (1998) de Erick Aguirre (1961) cuando Ramírez aparece brevemente como personaje novelesco. En una recepción celebrada en 1990 en la presidencia, Ramírez habla con entusiasmo sobre temas literarios con los dos protagonistas periodistas y con la poeta Rosario Murillo, esposa de Daniel Ortega. Pero, en cuanto Rosario cambia el rumbo de la conversación hacia la política, “Sergio guardó silencio... y no dijo una palabra, sólo sonreía, con cierto deje de complacencia tal vez por ver a un par de muchachos, escritorzuelos en ciernes, resistiéndose con candorosa terquedad a una relación demasiado cercana con un poder que en el fondo apoyaban...”. Al llegar al grupo Daniel Ortega, Sergio se marcha “discretamente” (209). Es la única intervención de Sergio en toda la novela.

Igual que en la Revolución bolchevique de 1917 y en la de Cuba de 1959, la sandinista se servía del simbolismo cristiano. El mismo Ramírez alude a su entrada triunfal en Managua en julio de 1979 en “la camioneta de los doce apóstoles, como se nos llamaba en la jerga policial” (176). En realidad, ese simbolismo era más auténtico para la revolución sandinista que para las anteriores por la unión entre los marxistas y los curas de la teología de la liberación.

Dos de los capítulos, el dos y el nueve, elaboran la identificación de los sandinistas con el cristianismo. El dos, titulado “Vivir como los santos”, recalca el paralelismo entre los jóvenes guerrilleros sandinistas y los cristianos primitivos o los franciscanos. El título proviene del joven “poeta místico, ... poeta guerrillero, el poeta de las catacumbas” (38) Leonel Rugama, quien murió en 1970, a los veinte años, peleando contra la Guardia Nacional. Había declarado en uno de “sus poemas coloquiales... que en la lucha clandestina era necesario vivir como los santos, una vida como la de los primeros cristianos. Esa vida de las catacumbas era un ejercicio permanente de purificación...” (41). En su poema “Como los santos”, Rugama convocaba a todos los pobres, a todos los enfermos y lisiados y a todos los proscritos de la sociedad para que le escucharan su plática:

en las catacumbas
 ya en la tarde cuando hay poco trabajo
 pinto en las paredes
 en las paredes de las catacumbas
 las imágenes de los santos
 de los santos que han muerto matando el hambre
 y en la mañana imito a los santos
 ahora quiero hablarles de los santos (42–43).

Entre los santos figuran Sandino y Che Guevara. “Es un nuevo santoral” (43). Tres años después de su muerte, Rugama alcanzó su apoteosis en *Oráculo sobre Managua* (1973) del poeta exteriorista Ernesto Cardenal, el poeta más conocido de Nicaragua en el exterior después de Rubén Darío. Rugama va a inspirar al pueblo nicaragüense en su resurrección después del terremoto de diciembre de 1972 y después de la larga época de sufrimiento bajo la dictadura de los Somoza.

Si Rugama era hijo de un jornalero y de una maestra rural, otro poeta, Ernesto Castillo, muerto en 1978 a los veintiún años y también autor de “poemas de las catacumbas” (37), “venía de las familias oligárquicas de Granada” (35). Ramírez insiste en que los santos venían tanto de las clases altas como de las bajas. Por ejemplo, Edgar Lang, “hijo de uno de los empresarios más ricos de Managua” (48), se puso a dormir al suelo en su cuarto como preparación para la vida guerrillera; murió en 1979.

En el último tercio de este capítulo segundo, Ramírez contrasta los valores éticos de los jóvenes martirizados con la corrupción y el lujo exagerado de la vida somocista. Aún más doloroso para Ramírez fue el contraste con la burocratización de la santidad, con algunos gobernantes sandinistas que “a imagen y semejanza de Tartufo, supieron convertir en un arte el aparentar de santidad” (51). Denuncia específicamente los lujos que se permitían los que integraban “la alta jerarquía del partido y del gobierno” (53) exponiendo con ironía sus justificaciones. Sin embargo, a pesar de su enemistad actual con Daniel Ortega, Ramírez declara: “A Daniel nunca le conocí ninguna preocupación por los bienes materiales” (57). El capítulo termina con “la verdadera pérdida de la santidad” de los que no podían dejar el gobierno después de la derrota electoral de 1990 “sin medios materiales” (55), o sea, sin entrar en *el juego de la piñata*.

El otro capítulo cristiano, el noveno, titulado irónicamente “El paraíso en la tierra”, versa sobre la visita del Papa Juan Pablo II en marzo de 1983, que fue un verdadero desastre para el gobierno sandinista. El capítulo empieza con un retrato del cura español Gaspar García Laviana, poeta y revolucionario martirizado en 1978, para reflejar el cisma entre las decenas de sacerdotes y misioneros que predicaron la revolución en su trabajo de barrio y los dirigentes jerárquicos. Recuérdese que en 1968, el Congreso Eucarístico de Medellín, de acuerdo con el Concilio Vaticano II iniciado por el Papa Juan XXIII, había formulado la teología de la liberación. Hasta el arzobispo de Managua, Miguel Obando y Bravo, odiado por Somoza, justificó la insurrección ... en junio de 1979. Sin embargo, el patrocinio oficial por los sandinistas triunfantes de una iglesia paralela ofendió a Obando y a toda la jerarquía. Cuando se anunció a finales de 1982 la próxima visita del Papa Juan Pablo II, los sandinistas creían que podría ayudarlos. En ese momento, ellos estaban preparados a dialogar con la Contra y esperaban que el Papa hablara sobre la paz. En cambio, el Papa declaró que “ninguna ideología puede reemplazar a la fe” (197) mientras la multitud sandinista le gritaba: “¡Queremos la paz!” (197). Según Ramírez, parecía “un verdadero motín contra el Papa” (197), lo que no podía menos que ofender a muchos nicaragüenses. Además, el Papa regañó a los sacerdotes Ernesto Cardenal y a Miguel de Escoto por no haber obedecido a los obispos que los presionaban para que dejaran de colaborar activamente en el gobierno.

Tratándose de una memoria, *Adiós muchachos* se distingue de las obras autobiográficas o testimoniales de Tomás Borge y de Omar Cabezas en que no está estructurada cronológicamente sino temáticamente. De acuerdo con el carácter anticaudillesco de la revolución sandinista, ningún líder político-militar protagoniza un capítulo. No había un equivalente a Fidel Castro. Ramírez observa que la Dirección Nacional de los Comandantes del FSLN “llegó a ser un caudillo con nueve cabezas en lugar de una” (66). Quien pudo haber sido el líder carismático fue tal vez Carlos Fonseca, militante marxista, teórico y pragmático, quien cayó en noviembre de 1976. Fonseca, junto con Augusto César Sandino y Rigoberto López Pérez, quien asesinó en 1956 a Anastasio Somoza García, fueron convertidos en íconos por el gobierno sandinista en banderas, carteles, *affiches* y sellos postales. Ramírez menciona “la silla vacía en los actos para Carlos Fonseca” (46) pero dista mucho de mitificarlo como hace Tomás Borge en *La paciencia impaciente*. El mismo Borge tampoco figura

mucho en la memoria de Ramírez aunque éste reconoce que era el más famoso de los nueve comandantes y el más carismático por haber sido preso varias veces y por sus huelgas de hambre.

Como Ramírez sirvió de vicepresidente bajo Daniel Ortega y pertenecía con él y su hermano Humberto a la tendencia Tercerista, es natural que los trate más en su obra. A pesar de su rompimiento con Daniel en 1994, Ramírez parece dispuesto a no criticar su actuación personal durante los once años que gobernaron juntos. Es más, elogia implícitamente a Daniel por haber contribuido a un futuro democrático para Nicaragua pese a los fracasos de los sandinistas: “La Revolución no trajo la justicia anhelada para los oprimidos, ni pudo crear riqueza y desarrollo; pero dejó, como su mejor fruto la democracia sellada en 1990 con el reconocimiento de la derrota electoral” (17). En cambio, Ramírez parece mucho más resentido contra Humberto Ortega. El título del capítulo quinto, “La edad de la malicia”, se refiere directamente a Humberto, quien “gracias a su malicia y desparpajo, resultó nombrado comandante en jefe del naciente Ejército Popular Sandinista” (110), lo que “le permitió elevar a su hermano Daniel a coordinador de la Junta de Gobierno” (111). En setiembre de 1981, Humberto declaró a los cuadros del ejército que “el sandinismo, sin el marxismo-leninismo, no puede ser revolucionario” (113), declaración que fue desautorizada por la Dirección Nacional del FSLN que hacia fuera proclamaba una “economía mixta, pluralismo político y no alineamiento internacional” (112).

Tal vez la figura más polémica de la revolución sandinista fue Edén Pastora. Por haber dirigido en 1978 el asalto al Congreso Nacional, llegó a ser el héroe más visible con su seudónimo de Comandante Cero. El asalto se describe en el capítulo diez titulado “El año del cerdo” por “la chanchera”, nombre dado por Edén Pastora al Congreso Nacional. No sorprende que Ramírez lo retrate con matices positivos: “un narrador de envidiable virtudes histriónicas... [con] un constante acento de picardía” (92) puesto que Ramírez fue el encargado de reclutarlo para los terceristas después de que había sido expulsado en 1972 de las filas guerrilleras del FSLN. A pesar del gran éxito del asalto con el pago del rescate de cinco millones de dólares y la liberación de todos los prisioneros sandinistas, incluso Tomás Borge, los otros dirigentes sandinistas nunca le perdonaron a Edén el haberse quitado la máscara para hacerse fotografiar como el héroe del momento. El mismo Ramírez recuerda a Edén “contando siempre sus embustes” (123). Por

lo que cuenta Ramírez, Edén es una persona pintoresca, carismática e individualista, tanto que la C.I.A. desconfiaba de él aún después de que se levantó en armas contra el gobierno sandinista.

Dos capítulos, el sexto y el séptimo, “La cadena y el mono” y “El destino manifiesto” tratan de las relaciones internacionales, sobre todo con los Estados Unidos. En los dos años inmediatamente anteriores al triunfo sandinista (1977–1979), Ramírez se dedicaba a conseguir el respaldo de otros países por la revolución sandinista. El título del capítulo seis, “La cadena y el mono”, se explica por la recomendación del dictador panameño Omar Torrijos: “nada de radicalismos... A los yankis, con cuidado. Hay que jugar con la cadena, pero no con el mono” (134). Torrijos y su ayudante Chuchú Martínez son los que más se destacan en el capítulo. También figura bastante Carlos Andrés Pérez, presidente de Venezuela, a quien Ramírez conoció gracias a Gabriel García Márquez. Como Ramírez y otros muchos sandinistas vivían en Costa Rica en esos años, era natural que se solicitara también la ayuda del ex-presidente José Figueres, viejo enemigo de Anastasio Somoza García. Lo que parece algo raro es que Ramírez fuera dos veces a Libia a buscar la ayuda de Khadafy. La importancia de Cuba para la revolución sandinista y para el mismo Sergio Ramírez se reconoce en el capítulo anterior: “Para muchos, que venían desde la lucha en las catacumbas, la revolución cubana siguió siendo el modelo político por excelencia” (115). Ramírez también agradece toda la ayuda proporcionada por Cuba: “La generosidad de Cuba fue total, y llegó a abusarse de ella, porque se pedía de todo y nunca se nos negó nada” (117). Además, recalca su amistad con Fidel Castro: “Seducido por su halo de leyenda y su cuidado paternal, disfruté de su compañía... en dos viajes míos a La Habana, lo vi aparecer en reuniones públicas con mi novela *Castigo divino* en la mano... Y quizás estuve entre los pocos capaz de entrar en diálogos verdaderos con él, siempre dominado por una fatal atracción al abismo del monólogo” (118–119). Ramírez lamenta que su ruptura actual con el FSLN ha afectado sus relaciones con Fidel (119).

En cuanto a los Estados Unidos, desde luego que la política de Ronald Reagan y de George Bush de organizar y respaldar a los contras no fue la primera intervención de ese país en la historia de Nicaragua. De hecho, según Ramírez, “ningún otro país de América Latina había sido víctima, como Nicaragua, de tantos abusos e intervenciones militares de Estados Unidos” (137). William Walker, invitado por los Liberales

a intervenir en una guerra civil, se proclamó presidente en 1855 reestableciendo la esclavitud e imponiendo el inglés como co-idioma oficial. La infantería de la Marina desembarcó en Nicaragua en 1909 y otra vez en 1927. Fue en esa última época que Augusto César Sandino se convirtió en héroe nacional peleando contra los *marines*. Cuando éstos por fin abandonaron el país, dejaron a Anastasio Somoza García como jefe de la Guardia Nacional, y él no demoró en hacer asesinar a Sandino. De manera que Ramírez justifica “la retórica más virulenta en las plazas públicas, en las arengas radiales, en los editoriales de *Barricada*” (138) contra los Estados Unidos. Critica severamente a Reagan pero reconoce que Jimmy Carter (1976–1980) “había querido ser tolerante” con la revolución sandinista pero que era “víctima de su mala estrella, de sus vacilaciones y de los reclamos de su conciencia” (141). Según Ramírez, Nicaragua no tenía otra alternativa que solicitar la ayuda de Cuba y de la Unión Soviética y de apoyar a los guerrilleros salvadoreños. Desgraciadamente para los sandinistas, la Unión Soviética estaba en vísperas de disolverse después de la Perestroika y la Glasnost de 1985 con Gorbachov y Boris Yeltsin. Cuba, sin la ayuda de la Unión Soviética, entró en una grave crisis económica y recomendó a Nicaragua que no se enfrentara a los Estados Unidos. Al mismo tiempo, con la reelección de Reagan en 1984, se intensificó la oposición al gobierno sandinista: bases permanentes en Honduras, puertos minados por la C.I.A., e Irangate con Ollie North en violación de la enmienda Boland, aprobada por el congreso de Washington en octubre de 1984.

No obstante, la crítica de los Estados Unidos en *Adiós muchachos* no es tan virulenta como se esperaría. Por ejemplo, no se parece en absoluto al tono de *Las venas abiertas de la América Latina* de Eduardo Galeano. Es más, en el capítulo dedicado a la situación económica, con el título irónico de “Los ríos de leche y miel” (palabras que provienen del himno sandinista), Ramírez afirma que “aun sin guerra, las sustancias filosóficas del modelo que buscábamos aplicar habrían conducido a un colapso económico” (241). Elogia el gran éxito de los sandinistas en crear la sensibilidad por los pobres pero critica “los espejismos ideológicos que nos deslumbraron entonces, ... los excesos burocráticos y ... las carencias del marxismo practicante, ... la inexperiencia..., las improvisaciones,... las poses, las imitaciones y la retórica” (225). Uno de los graves errores fue el haber entregado al Estado la tierra expropiada a los Somoza en vez de dársela a los campesinos.

Ramírez también lamenta que algunos de los ex-militantes, en la época postsandinista se hayan convertido en magnates” (243).

Ni novela ni testimonio, *Adiós muchachos* es un texto político-literario muy bien escrito que mantiene el interés del lector por el tono sincero y nostálgico que se mantiene a través de sus trescientas páginas; por su estructura no cronológica sino temática; y por los títulos sugerentes de los trece capítulos. Escrita en 1998-1999, después de su ruptura con el FSLN, *Adiós muchachos* ofrece otra perspectiva del sandinismo que complementa las de Omar Cabezas Lacayo y Tomás Borge, elaboradas desde adentro y durante la década del gobierno sandinista. Mientras Borge y Cabezas son marxistas que participaron en la guerrilla de la llamada Guerra Popular Prolongada, Sergio se identifica en *Adiós muchachos* como “social demócrata” (33). A mí lo que me inquieta es cómo Sergio, a quien conozco desde 1970, pudo haber apoyado la política cultural del realismo socialista pregonada en 1980, en el primer número de *Nicaráuac* (mayo-junio). En ese número abogó por una literatura para el pueblo; rechazó la cultura elitista del pasado -“Los talleres de poesía popular que ... reflejan una poesía de jóvenes combatientes.... Una poesía elaborada sobre la experiencia diaria, sobre la realidad, que me parece muchísimo más importante que la poesía producida por la diletancia elitista en toda la historia de nuestra cultura nacional” (160) y cuando no quiso “restringir el concepto de cultura a la mera creación individual” (160); y cuando no quería “admitir la existencia de una cultura aislada del proceso revolucionario” (160). En cambio, Sergio reafirmó su identificación con la democracia social en el ensayo titulado “Oficios compartidos”, publicado en el número 83 (1999) de la revista *Hispanamérica*. Ahí declara Sergio que en 1987, él y Ernesto Cardenal propusieron un artículo para la Constitución, que dice que “la creación artística y literaria son libres, en el fondo y en la forma” (72). Como en toda obra de tipo autobiográfico, el lector puede analizar cuánto aprende acerca de cierto fenómeno histórico y a la vez lamentar que la versión de ese fenómeno histórico no fuera más completa para desmentir el concepto borgesiano de que la verdad histórica es inconocible.

Notas

1. Ponencia pronunciada en el ámbito de una mesa redonda con el novelista Sergio Ramírez, organizada por el Departamento de Español y Portugués

de la Universidad de California, Los Ángeles que formó parte de la serie especial University of California Regents' Lectures en febrero de 2002. Una parte esta ponencia ha sido previamente publicada en el libro *Caminata por la narrativa latinoamericana* (México: Fondo de Cultura Económica, 2002).

Obras consultadas

- Aguirre, Erick. *Un sol sobre Managua*. Managua: HISPAMER, 1998.
- Beverley, John y Marc Zimmerman. *Literature and Politics in the Central American Revolutions*. Austin: University of Texas P, 1990.
- Borge, Tomás. *Carlos, the Dawn Is No Longer Beyond Our Reach: The Prison Journals of Tomás Borge Remembering Carlos Fonseca, Founder of the FSLN*. Trans. Margaret Randall. Vancouver, Canada: New Star, 1984.
- . *La paciente impaciencia*. La Habana: Casa de las Américas, 1989.
- Cabezas Lacayo, Omar. *La montaña es algo más que una inmensa estepa grande*. La Habana: Casade las Américas, 1982.
- Hodges, Donald C. *Intellectual Foundations of the Nicaraguan Revolution*. Austin: University of Texas P, 1986.
- Nicaráuac*, Managua, 1, mayo-junio de 1980–diciembre de 1987; 5, abril-junio de 1981.
- Ramírez, Sergio. *Adiós muchachos. Una memoria de la revolución sandinista*. México: Aguilar, 1999.
- . *Un baile de máscaras*, México: Alfaguara, 1995.
- . *Castigo divino*, Madrid: Mondadori, 1988.
- . *Clave de sol*, México: Cal y arena, 1992.
- . "Oficios compartidos," *Hispanérica* 83 (1999).
- . *¿Te dio miedo la sangre?* Caracas: Monte Ávila, 1976.
- . *Tiempo de fulgor*. Guatemala: Editorial Universitaria, 1970.
- Santos Rivera, José, ed. *Rubén Darío y su tiempo*, Managua, Ministerio de Educación, 1980ñ 2a ed., con Pórtico de Carlos Tünnerman y Presentación de Edelberto Torres, Managua: Nueva Nicaragua, 1981.
- Valle-Castillo, Julio, ed. *Nuestro Rubén Darío*. intro. Ernesto Mejía Sánchez. 2a. ed. Managua: Ministerio de Cultura, 1982.
- Whisnant, David E. *Rascally Signs in Sacred Places. The Politics of Culture in Nicaragua*. Chapel Hill: University of North Carolina P, 1995.
- White, Steven. *Culture and Politics in Nicaragua. Testimonies of Poets and Writers*. New York: Lumen, 1986.